



EL CAMPO EN LA POESÍA DOMINICANA

Johnny Hernández Canela*

El campo. Gente dura con espíritu colmado de añejas esperanzas y costumbres marcadas para siempre con el sello de la originalidad. Paisajes, susurros de ríos juguetones, de pájaros en fiesta -habitantes del aire y las ramas de los árboles bailarines. Montañas verdegrises que se reflejan en un cielo azul intenso, límpido con con una límpidez interrumpida apenas por algodónadas nubecillas formando extrañas figuras que luego sucumben ante el arrojado implacable de un viento de todas partes...

Quizás ha sido el campo la mayor fuente de inspiración de donde han bebido los artistas de la pluma. Escritores que han escuchado el palpitar del corazón de un monte perdido en la distancia, borrado del recuerdo, ignorado desde siempre por el fantasma abrupto y arrasador de la civilización.

Cristóbal Colón no hizo más que corroborar lo que el Creador dejó plasmado ante los ojos del descubridor, y éste lanzó a los vientos su voz que se dispersó en el Valle de la Vega Real: "La tierra más hermosa que ojos humanos hayan visto jamás." Pero, ¿y el canto al campesino que daba vida a esa tierra?, ¿y el eco del hacha, madre de los sudores, sinfonía del sustento, arrullo de la esperanza? A través del tiempo ya no fue sólo la belleza vegetal, sino el campo y el campesino en una unión de dependencia común, y este camino condujo hacia la poesía del amor rural, del beso bajo las frondas, y del sueño que se perdía detrás de las montañas. Y con el amor llegó el coraje, la violencia que se arropa con sonrisas y se pasea, galana, frente a los ranchos que curiosean el horizonte.

(*) Narrador dominicano. Nació en Bonaé (1956). Lic. en Contabilidad (APEC, 1984). Publicaciones en Suplemento Cultura de *El Nacional*, Revista *Ateneo*.

Y más: las guerras fratricidas, y el merengue
 De La Línea
 compuesto a tiros y riesgos
 Por los hombres duros como los guayacanes,
 Amorosos y mal hablados como las coplas.¹

Y con esos "hombres duros como los guayacanes" que menciona Freddy Gatón Arce, vemos que la poesía logró escarbarle el alma al campo y los temples volubles de los campesinos.

Es cierto que en sobradas ocasiones encontramos textos que evocan febricitante -e hipócritamente- recuerdos no vividos en un campo jamás conocido. Escritores de ciudadela, que bajo la luz blanca de la bombilla sin insectos, esfuerzan al máximo su mente, tratando de inventar los paisajes campestres que les servirán de escenario. Así escriben y describen la vida -para ellos azul y musical- de algún rincón perdido entre hondonadas y cauces fantasiosos, producidos únicamente por el acogedor estimulante del aire acondicionado y el muelle diván frente a pulido escritorio de madera vidriosa.

"Comodidad transportada" hemos llamado a ese vicio morboso que pretende pulir y pulir el barro hasta convertirlo en reluciente diamante de sueños. Y es que cuando para éstos el aire del campo huele a rosas y a canciones, para el hombre áspero y sin proyección que, allá lejos, empuja la yunta ayudando a su buey en el arado, el aire duele -más que huele- a miseria, dolor, llanto contenido y esperanzas forjadas y casi siempre condenadas a la irrealización, por los siglos de los siglos.

No se puede escribir bien sobre lo que no se conoce. A menos que la imaginación vuele a lugares y hechos inexistentes, en cuyo caso hay que embadurnarlos con cierto aire de realidad, de credibilidad, que lo haga interesante. Hay que tener presente que el realismo mágico, tan usado en nuestros días mayormente en la narrativa, también puede usarse en el verso; y no consiste en decir cosas imposibles, sino presentarlas como reales, embriagar al lector para que él mismo crea lo que es imposible creer, y que lo sienta como real, y que lo vea.

-El campo existe. Ha sido la vértebra de la poesía, en todos los tiempos. Todo poeta dominicano -o dominicanizado-, ha sentido en algún momento de su vida ese "cosquilleo inspirador" que guía su mano -traductora del alma- y se interna por laberintos rurales o simplemente se posa sobre una brizna de hierba que se arrastra sin rumbo empujada por un viento andariego.

Pródiga con sus primores
 le adornó naturaleza

ya con rústica maleza
 ya con aves, ya con flores.
 De aromáticos colores
 se inspira ambiente apacible;
 es su magia irresistible,
 su cielo azul y sereno,
 y todo aparece lleno
 de un encanto indefinible.²

El poeta describe el valle de Baní, y en esa belleza que lo inspiró cabe la maleza, combinación de los contrastes naturales donde se conjugan, de un lado, los matojos habitantes de la aridez, y de otro, las flores que logran imponerse a las inclemencias de la segura. Es ahí, precisamente, donde el poeta juega con su admiración y canta al "encanto indefinible", y sólo describe el desordenamiento de una belleza cuya definición queda colgada en la atmósfera, convertida en "aromáticos olores" que las aves dispersan con sus alas.

Ese contraste no solamente aparece en las cosas; Gatón Arce, en su afán de buscador de realidades ocultas, nos presenta en pocos versos la definición absoluta, en lo humano, de dicho contraste:

Niño de las praderas, niño de las ciudades,
 La soledad del cuerpo, la soledad del alma.³

Y más aún: ante todo está la relación entre el hombre y su medio ambiente, lo cual aumenta el contraste existencial:

Niño de las praderas, puro soplo caído, tierra:
 Mira cómo comienza el árbol su propia soledad.⁴

.....

Niño de las ciudades, ¿qué conquista es tu cuerpo
 Que no puedes mirar al árbol cuando crece?⁵

Un vate cuya lira fecunda suspiró siempre en un ambiente rural fue Arturo Pellerano Castro. En sus exquisitas **Criollas** Pellerano Castro desborda el campo en movimiento continuo. Podemos transportarnos a una noche larga donde, además de las estrellas celestes, hay miles de estrellas terrestres que vuelan, pintarrajeando con sus puntitos azules el luctuoso vestido de la noche fría.

Si es verdad lo que dice esa vieja,
 -que vive en la altura-,
 a esos pardos cocuyos que crías
 con rajitas de caña de azúcar,
 a esas almas que penan de amores,

cuando den sus reflejos de luna
sobre el negro tendal de tu pelo,
que los duendes del campo perfuman
con aceite de flor de romero
y vinagre de frutas maduras,
al decirles mi amor, y tu enojo,
mi suerte pregunta!⁶

No hay esfuerzo traslático. El campo surge espontáneamente porque el poeta lo ha vivido. Conoce sus misterios y sólo tiene que revivirlos y verterlos convertidos en coloridos versos: "sobre el limpio burén, junto al fuego,/ cuyas chispas, en mágica danza..."⁷

En Pellerano Castro, el campo se convierte en la fuente principal de su poesía. Es humano y, como tal, ama. Y lo dice:

Trigueñita del alma, trigueña mía,
pan de flor, pan bendito, mi pan del día!...⁸

Porque en toda poesía, rural o urbana, el amor está presente, debe estar presente o de lo contrario no existiera la poesía.

El cocuyo ha sido objeto de identificación descriptiva del ambiente rural nocturno, y Pellerano Castro recoge las creencias del campesino con respecto al cocuyo: "almas que penan de amores". Y aún continúa el cocuyo, con su luz azulosa, alumbrando versos:

Yo recuerdo un cocuyo y su guarismo.⁹

Y siempre el poeta tratará de buscar la multitud de sueños que engendra la noche, esa noche que "ha colocado/su capa en los jazmines,/ su espectro delicado".¹⁰

O siguiendo al joven y meritorio poeta Cayo Claudio Espinal:

La noche es la sombra de Dios
la luz es la sombra de Dios¹¹

y de esta forma deja cerrado el asunto: Dios es la clave, el todo. La noche y el día pierden importancia conceptual ante El.

Incluso el poeta Pedro Casals Suárez, maestro del verso, escribió a las mariposas sanjuaneras, unificando en ellas el amor y el dolor, la realidad y el sueño, el ser y el no ser. El campo se transforma en una espinita clavada en el corazón, que acompañará al poeta durante toda su vida, a condición de que él "la arrulle con su canto", la acaricie, la ame.

Claro que no es sólo el poeta. La culminación literaria del campo, del campesino con todo su enorme baúl de costumbres y

tradiciones, la encontramos en los célebres cuentos de ese insigne escritor dominicano, Juan Bosch. Cuentos que, por ser la base de nuestra narrativa, nunca perderán actualidad. Lo mismo podemos decir, caminando hacia el pasado, y aunque de forma más limitada, de Pedro F. Bonó, quien supo pintar magistralmente la vida campesina en su novela *El Montero*. Y entre los narradores actuales, no podemos pasar por alto a Manuel Mora Serrano, quien ha sabido recorrer las venas del cuerpo-campo y nos las ha brindado en un estilo muy suyo, logrando darle un giro amplio a nuestras letras. Pero en esta simple crónica nos interesa el campo visto a través del verso.

El campo no es sólo lo que de él se ve. Hay mucho más. Los colores ocultan los dolores, como si esa rima maldita y contradictoria (colores-dolores) fuera un vil sarcasmo idiomático o una cruel ironía de la naturaleza (¿o del sistema?, ¿o de los gobernantes?) que ha llevado al campo elementos tan disímiles como son la abundancia de colores y -no menos abundantes-, los dolores.

Esto nos lleva a pensar en la diversidad de efectos emocionales que deben afectar al campesino, pues según el estado anímico se producen las reacciones, las cuales traen consigo ese carácter voluble, circunstancial. También debemos tomar en cuenta que "la experiencia determina que lo que para ciertas personas es agradable, para otras es aborrecible".¹² En el campo, cuna de misterios y sorpresas, el hombre se enfrenta a lo desconocido, porque cada día el campo aporta nuevos elementos emocionales.

Todas estas emociones crean en el campesino una ola de sueños que determinan en conjunto "la forma de ser", la personalidad colectiva del hombre del campo. "En los sueños se exteriorizan a veces anhelos frustrados, deseos vehementes e incluso impulsos...ilícitos, todos sepultados en el subconsciente". Esto, aplicado al campesino, puede ser la causa de ese conformismo táctico que produce la impotencia ante la irrealización de ilusiones que se ahogan en su espíritu.

Cuando el poeta hace poesía, pasa a formar parte del tema o de la emoción sobre la cual escribe. Basta leer la cita 2, cuando Félix María del Monte se refiere a las aves como elementos que adornan el campo, como parte del conjunto de bellezas que el poeta vio y vivió en un instante quizás brevísimo, mientras que el mismo poeta, en otro instante, varía su concepto belleza-campo-aves, adaptándolo, inconscientemente, al estado anímico de ese instante:

¿Por qué siempre escondida en el ramaje
lanzas fúnebre arrullo, tortolilla,
en tanto que el cantor de la floresta
en sus trinos difunde la armonía?¹³

No cabe dudas, el propio poeta es esa tortolilla que lanza funebre arrullo, embargado por una pena que lo inspiró, en aquel instante, a escribir versos de tristeza y olvidarse del "colorido" de la naturaleza.

Pero, ¿duele, en realidad, el campo? *Crónica del Sur*, poema de Lupo Hernández Rueda, nos da la respuesta; "el sur", en este caso, es "todo el campo" aunque individualizado por la impresión de lo que el poeta vio (y sintió) en ese sur que:

Es un territorio de ruidosa arena blanca.
Es un terreno seco, accidentado, abierto,
donde la sombra es una lanza agazapada
al pie de las oscuras bayahondas.¹⁴

Allí, en aquella tierra donde un vozarrón se yergue de entre el caliente calcinante y vaporoso de las piedras soleadas y nos grita: ¡Duele!... Y duele, porque "allí abundan la sed y la indolencia". El poeta comenzó a entender desde el primer instante, que debía obligatoriamente desentrañar el alma de las cosas que desfilaban ante sus ojos, para no caer en interpretaciones erróneas. El lo sabe: "Las lomas son enormes dinosaurios sin vida./ El amor es violento como las mariposas".¹⁵

¿Son, acaso, esos dinosaurios sin vida, los mismos que temblaron bajo el galope sin fondo del caballo patriótico de *Compadre Mon*, en algún lugar de esta isla?

Hernández Rueda captó el ambiente y, con él, la vida que casi ni luchaba por seguir siendo vida. Vio "el hombre desgarrado, sediente,/ de la aldea".¹⁶ Y, allá lejos, en esos lares donde la soledad es un fantasma colgado de los lóbulos de las orejas sucias, "donde el tiempo está muerto y la esperanza,/ y la vida es temblorosa agua sin salida", la ciudad es un espejismo onírico o un simple recuerdo de algo que oímos contar a nuestros abuelos.

Hay que leer *Crónica del Sur*, para comprender que el campo es realidad perdurable, y que no siempre viste de galas sus penas. Y se podrá entender, además, por qué el gran bardo Hernández Rueda confesó:

He visto. He callado.
Mi cuerpo
ha sido báculo para levantar a los muertos.
A esta tierra seca hay que vencerla.
Al miedo hay que vencerlo.¹⁷

No es nuestra intención hacer mención en estas breves notas, de todos los poetas dominicanos que han ambientado su poesía en el patio de la ciudad -el campo-, sino, más bien, dejar sentada,

apoyándola en citas irrefutables, nuestra interpretación de lo que es y lo que debe ser el campo cuando queramos trasladarlo convertido en versos a un papel sumiso e indolente.

Ya en la poesía deliciosa de José Joaquín Pérez, nos extasiamos ante el paisaje campestre pintado con pinceladas maestras, que despiertan la nostalgia de todo el que ha dormido bajo el calor espeso de una tarde congelada en polvo amarillo y en bostezos continuados; de todo el que ha velado en las interminables noches donde, confundidos con el silbido monótono y prolongado de los grillos, se desenredan miles de sonidos desconocidos y se desatan pensamientos sudorosos de incertidumbre. Noches a las que hay que acostumbrarse para dormir apaciblemente y levantarse con los primeros gallos. Entonces, Nostalgia, te saludo. Porque hay que fecundar la tierra; ponerla a parir vida; surcarle el rostro, desgarrarle la piel inocente y conjurarla en unión de todos los elementos para que así la vida sea un poco más que muerte lenta y a plazo desconocido pero seguro.

Para José Joaquín Pérez, el campo existe como ensoñación, como cofre de bellezas:

Campos, aves y torrentes,
Colinas, palmas y flores;
sol de puros resplandores;
fascinadora creación;
¡Ante vuestro inmenso encanto
no tiene el arpa un acento
y trémulo y sin aliento
se anonada el corazón...!¹⁸

Pero ante tanta belleza, ¿tiene el campesino causa para sufrir? La desesperanza, la desilusión, el aburrimiento cotidiano transforman el rostro de la poesía paisajista, y el hombre con su dolor comprende que no vale la pena reír sufriendo, como forma de disfrazar los dolores que aplastan la paciencia y aumentan el hastío. Nace una nueva ilusión: la ciudad. Y los campos se van quedando huérfanos, y la ciudad pare barrios pintados de miseria, y de nuevo la desilusión y de nuevo el llanto solitario y al final, nada.

Hubo un tiempo
-no lo conocí-
en que la caña
los millones
y la providencia de nombre indígena
de salobre y húmedo apellido
tenían música propia
y desde los más remotos lugares
llegaban los danzantes.¹⁹

Es el tiempo que se desliza escribiendo en la piel de los desesperanzados su sentencia. Y el dolor se hace eterno para ellos,

Los que quedan, Estos.
Los de borrosa sonrisa.²⁰

La poesía actual, comprometida o no, de vanguardia o no, se ha encargado de desmitificar esa imagen de paraíso terrenal, de rincón vacacional donde las penas no caben -¡quizás porque se cantan de lejos?--; el campo comienza a ser desnudado; y el hombre exige la verdad.

Ya no estamos en los tiempos en que lo importante de la poesía eran los suspirillos musicales que templaban las fibras del corazón y hacían a las doncellas cerrar los ojos, entrelazar los dedos y soñar... soñar... con príncipes azules o con tronos imposibles, mientras allá -¡oh campo desnudo!- la malaria y la fiebre amarilla, el paludismo y el hambre, el cansancio y el peso del tiempo acumulado sobre las espaldas, mataban a esos seres para quienes la vida no eran tan musical. El entendimiento despierta. Freddy Gatón Arce nos lo dice con su canto de raíces verticales, buscándole eco en el tiempo y en otras voces:

Todo ha de pasar y extenderse
Todo ha de encontrarse primero en el océano
todo ha de ablandarse con los dientes y la saliva
Todo ha de ablandarse bienqueriendo a la tierra
Todo ha de rondar según el giro de las estrellas
todo ha de hacer periplo en claro día
Todo ha de amarse para que sea sí-mismo
Todo ha de prosperar en el pozo y el viento
Todo ha de cantarse realidad a fondo e inventada
Todo ha de entenderse como los pueblos digan
Todos, todo para que nada ni nadie envanezca ni prepondere.²¹

El campo es un "mundo paralelo" que, una vez conocido, enamora. Porque el poeta ama todo lo existente, desde la mínima sonrisa hasta el dolor. El campo es pureza y lucha diaria. El poeta no ve campo como sitio vacacional, porque puede profundizar donde a los demás no les es dado ver. Para el poeta el campo es la rueda de miseria arrojada por el verdor de los bosques.

Encuentra el campo un incomparable cantor dominicano que tiene desde ya un sitio de honor en la historia de las letras: Manuel del Cabral.

El mismo nos lo dice en **Carta a Compadre Mon:**

Por una de tus venas me iré Cibao adentro.²²

Es la sed por la tierra tupida, de follajes entrelazados y de

montañas abruptas donde muere un hombre por una falda o una mala mirada. A través de **Compadre Mon**, Manuel del Cabral nos enseña las cosas simples del campo, pero en carne viva:

Un simple canto de gallo que despierta
las cosas de la mañana,
toma de pronto la estatura de un siglo...²³

Y en el poema 1:

La tierra por aquí cuando madruga,
siempre despierta con las amapolas
que nacen de repente en las pistolas.

... ..

Aquí mi tierra, la que en la cintura
lleva un cuchillo, porque siempre tiene
el corazón entre la mano dura.²⁴

Compadre Mon es un extenso poema de Manuel del Cabral, cuya lectura recomendamos, pues por medio de ella conoceremos raíces que nos soportan, bases sobre las cuales se sienta el comportamiento del hombre del campo, y que el autor ha sabido recoger y pulir hasta obtener un producto terminado magistralmente elaborado, palpitante.

El campo ha encontrado su verdadero lugar en la poesía. El campesino no es ya solamente ese hombre que regala el café con sonrisa y azúcar; el bohío no es ese acogedor techo desde donde se escucha, al vaivén de la hamaca inquieta, el cantar alegre de las calandrias o el chirriar aburrido de la chicharra. Sí, digo. Es todo eso. Pero existe, además, la siembra, la tala, la mala paga del trabajo alquilado (en un país del mundo donde "los campesinos no tienen tierra";²⁵ existe el fantasma terrífico del hambre, de los niños escuálidos de panzas verdes que amenazan con reventar como revienta la chicharra escondida; existe el tedio profundo de los días largos en que la yuca no alcanza para quien la siembra; y existe, en fin, la eterna esperanza, como una lucecita lejana tras la cual corre el campesino agotado con los brazos extendidos, y la cual se aleja más cuanto él más corre hacia ella.

El campo es esa realidad dura que nunca jamás podremos abandonar mientras viva en nosotros un bosque, un río, un grillo, un cocuyo y un hombre y un niño y una mujer llenos de miseria sin límites.

NOTAS

1. Freddy Gatón Arce, **El Poniente**, Editora Taller, Santo Domingo, pág. 37.

2. Félix Ma. del Monte, tomado de la **Antología Literaria Dominicana**, Editada por Margarita Vallejo de Paredes, del Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1981, pág. 21.
3. Freddy Gatón Arce, **Retiro hacia la luz**, Colección Contemporáneos no.1, Ediciones Siboney, Editora Taller, pág. 39.
4. **Ibid.**, pág. 38
5. **Ibid.**, pág. 39.
6. Arturo Pellerano Castro, **Criollas**, Santo Domingo, 1907.
7. **Ibid.**, pág. 19.
8. **Ibid.**
9. Enriquillo Sánchez, tomado del libro **Poesía de post-guerra, joven poesía dominicana**, de Andrés L. Mateo, pág. 27.
10. Pedro Mir, **Antología Literaria Dominicana**, Santo Domingo, pág. 51.
11. Cayo Claudio Espinal, **Banquetes de aflicción**, pág. 16.
12. Arístides Estrada Torres, **Raíces Psicológicas de la poesía**, Editora Taller, 1978, pág. 69.
13. Félix Ma. del Monte, **Antología Literaria Dominicana**, pág. 22.
14. Lupo Hernández Rueda, **Crónica del sur**, UCM, 1979.
15. **Ibid.**
16. **Ibid.**
17. **Ibid.**
18. José Joaquín Pérez, **Obras Completas**, UCM, 1971.
19. Norberto James Rawlings, tomado de **Poesía de post-guerra**, pág. 48.
20. **Ibid.**
21. Freddy Gatón Arce, **Estos días de tibar**, Editora Taller, 1983, pág. 68.
22. Manuel del Cabral, **Obras Completas**.
23. **Ibid.**
24. **Ibid.**
25. Pedro Mir, **Hay un país en el mundo**, Santo Domingo.

Bibliografía recomendada:

1. Freddy Gatón Arce: **Retiro hacia la luz, El poniente, Estos días de Tíbar, Cantos comunes, De paso y otros poemas, Mirando el lagarto verde.**
- Estas obras son el compendio de un flujo de ideas y sentimientos enrai-

zados en el afán del poeta por conocer y dar a conocer los misterios que todos llevamos dentro y la búsqueda de sus efectos al combinarse con el medio ambiente.

2. Alberto Baeza Flores, **La Tierra más hermosa**, Editora Taller, Santo Domingo, 1981. Nos presenta la impresión y la expresión del poeta chileno, autor de la obra, con respecto a sus vivencias en la República Dominicana. De manera sencilla nos describe lo que su interior le dicta y sentimos la sinceridad de sus versos.
3. Arturo Pellerano Castro, **Criollas**, Santo Domingo, 1907. Pellerano Castro fue un conocedor de las costumbres y tradiciones rurales y en sus versos le dio un matiz romántico acompasado por el ritmo con que describía, en sus **Criollas**, las cosas más simples del campo.
4. Andrés L. Mateo, **Poesía de post-guerra, joven poesía dominicana**, Ed. Alfa y Omega, Santo Domingo. Obra antológica donde se recoge el canto de poetas que surgían entre el residuo del abril de la guerra y el inicio de otras venas con ansias de soltar el grito atrapado.
5. Cayo Claudio Espinal, **Banquetes de aflicción**, premio Siboney de poesía, 1982. En esta obra, el joven poeta trata, y lo logra, de conducirnos por un mundo que, al parecer iluso, mitológico, nos da la verdadera realidad oculta para que nosotros la encontremos en esos versos que desbordaron el tradicionalismo y sorprendieron por su construcción actualizada.
6. Arístides Estrada Torres, **Raíces Psicológicas de la poesía**, Editora Taller, 1978. Muy interesante esta obra, que estudia la lejanía de formas, creencias y costumbres dominicanas, escritas en un tiempo que parece colgado siempre del presente, pues son hechos que vivimos a diario. Nos ayuda a comprender nuestra poesía y nuestra gente, principalmente la del campo.
7. Lupo Hernández Rueda, **Crónicas del sur**, Universidad Católica Madre y Maestra, 1979. Consideramos que este libro es una de las mejores expresiones escritas sobre nuestro campo, representados por ese sur que duerme a orillas del Caribe.

